



El psicoanálisis hoy Presentación

Sabemos, gracias a Lao Tsé, que quien habla mente y, gracias a Lacan, que la verdad no puede ser dicha toda. En esta ocasión, sin embargo, estoy conminado a tomar la palabra y prefiero hacerlo, pues como bien indica Françoise Davoine, siguiendo al Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas*: lo que no se puede decir tampoco se puede callar.

Tomaré, entonces, la palabra, a pesar de conocer mis enormes limitaciones y sólo con la esperanza de que lo dicho estimule al lector a añadir lo que le corresponde.

*

* *

Hace poco más de un siglo ocurrió un evento excepcional. Un neurólogo vienés, Sigmund Freud, descubrió, en sus pacientes histéricas, la existencia de una instancia nueva, invisible de tan cercana y de una potencia extraordinaria para producir síntomas psicósomáticos. La denominó "*Unbewußte*" (inconsciente) y comenzó no sólo a reconocerla en sus histéricas sino a intentar estudiarla en sí mismo. Tal instancia, precisamente por ser inconsciente, era de muy difícil acceso.

Gracias al apoyo de su amigo, el otorrinolaringólogo y reconocido paranoico berlinés, Wilhelm Fließ¹, logró descubrir, el 24 de octubre de 1895, un elemento clave: los sueños ¡son realizaciones de deseos inconscientes! A partir de ese momento inicia una práctica enteramente nueva y muy complicada, la cual requería de un método diferente al que, hasta aquel entonces, habían desarrollado exitosamente las ciencias, un método donde el investigador, ahora renombrado como "analizante", se investigaba a sí mismo ante otro, denominado "analista".

Ese método autorreferencial y recursivo se desplegaba en un dispositivo que favorecía al máximo la introspección y donde el analizante se comprometía a la máxima veracidad posible... aunque eso no era imprescindible pues la opinión

¹ En la carta del 17 de febrero de 1908, Freud escribe a Jung: "Mi amigo de entonces, Fließ, ha desarrollado una hermosa paranoia". (Freud/Jung, 1978: 161)

del Yo del analizante era lo menos importante, lo fundamental era la emergencia de los elementos reprimidos (*verdrängt*) y derivados del inconsciente: lapsus, sueños, síntomas, fantasías y transferencias.

A partir de entonces, y gracias a la aplicación de dicho método, Freud descubrió un universo nuevo, incomprensible para muchos de sus contemporáneos y, como antes indicamos, de muy difícil práctica —pues implicaba la “comunicación entre inconscientes”, es decir, que el Inconsciente del analizante se vinculase con el de su analista, lo cual no es algo precisamente sencillo.

Fue en esos mismos años cuando una serie de matemáticos y lógicos —Cantor, Gödel, Russell, Lobachevsky, Thom— tiraban por la borda el anhelo hegeliano (“todo lo real es racional”) reiterado por Hilbert en la matemática al pretender que ésta fuese “completa”. Cantor pagará su atrevimiento con el repudio de sus colegas, Gödel con la locura. Afortunadamente, con el paso de los años, todos fueron reivindicados y sus aportaciones reconocidas ampliamente.

No ocurrió de manera diferente con Freud. El psicoanalista se aventuró por la senda de lo no dicho, lo incomprensible e imposible: la locura. Inicialmente sólo obtuvo, él también, el rechazo generalizado, el ostracismo incluso. Afortunadamente, con el paso de los años, ha sido en buena medida reivindicado. El descubrimiento de las actividades autorreferenciales pasa, a los que se atreven a revelarlas, una onerosa factura.

La formación del analista, en consecuencia, requiere de un largo recorrido utilizando el método enunciado por Freud en la frase “Hice mi autoanálisis con Wilhelm Fließ”. En el curso de su análisis el entonces “analizante” realiza el estudio riguroso de sus sueños, síntomas, fantasías y demás formaciones del inconsciente, lo cual lo obliga a reconocer verdades y eventos que su Yo había preferido ocultar (reprimir).

Sólo después del recorrido por las formaciones de su inconsciente, el analizante es capaz de “pasar a otra cosa” y, al final, arribar a la posición del analista, una posición que lo acostumbra a desconfiar de su propio Yo y a apreciar las sutiles —o brutales— emergencias del inconsciente. El analista sabe que su Yo es un obstáculo para la cura. Afortunadamente, el analista, precisamente por serlo, es decir, por haber reconocido la existencia de su inconsciente en su propio análisis, está advertido de que, durante el análisis de su analizante, le ocurrirán “cosas” (sueños, fantasías, síntomas y demás), los cuales derivan del discurso de su analizante y forman parte de la comunicación entre inconscientes con él establecida.

Años después, el descubrimiento freudiano será revisitado por Jacques Lacan, el cual mostrará sus límites y hará una serie importante de modificaciones a la práctica psicoanalítica de su época (sesiones puntuadas, encuadre modificable, fin de la partida analítica).

Después de realizar un minucioso “retorno a Freud”, Lacan plantea que el psicoanálisis aspira a constituirse en una “ciencia de lo particular”, una donde el matema establece el vínculo entre la teoría y la práctica pues permite “veinte y cien lecturas”. (Lacan, 1971, *Séminaire Le savoir du psychanalyste*, sesión del 1 de diciembre de 1971). El matema se constituye, entonces, como el elemento clave de la posibilidad de que acceda el analista a la docta ignorancia.

*

* *

El descubrimiento freudiano, sin embargo, no impidió que la ciencia psicológica, esa derivada de los experimentos inaugurales de Wundt y Pavlov, continuase su desarrollo, el cual siguió, como todas las ciencias, el bien conocido método científico. Dicha ciencia psicológica ha generado importantes descubrimientos.

De acuerdo con lo referido anteriormente, podemos dividir los estudios sobre la *psyché* en dos grandes grupos claramente diferenciados: la psicología, aquella que emplea el bien conocido método científico; y la clínica psicoanalítica, esa que, en su esfuerzo terapéutico, reitera el método inaugurado por Sigmund Freud.

Ambos grupos, por supuesto, pueden subdividirse —y de hecho lo hacen— dando lugar a muy diversas propuestas. La psicología experimental, heredera como antes indicamos, de Wundt, Pavlov, Skinner y demás, en no pocas ocasiones se ha cubierto de gloria y obtenido el respeto de la comunidad científica. Los estudios de neuropsicología, psicología educativa, social, conductual o laboral han descubierto fenómenos muy interesantes del comportamiento humano como el efecto Zeigarnik (la curiosa necesidad humana de terminar las tareas iniciadas), el Dunning-Kruger (aquello que impide a los incompetentes en alguna área darse cuenta de su propia incompetencia), el Forer (la tendencia humana a valorar como válidas las descripciones vagas de su personalidad y de tal manera posibilita el éxito de videntes y estafadores) o el Seinfeld Effect (la tendencia del cerebro a establecer vínculos privilegiando la visión sobre la cenestesia), por sólo mencionar algunos de los más referidos.

Reiteremos la idea: la terapéutica de la locura se realiza según dos grandes modelos, por un lado, el modelamiento conductual, por el otro, el psicoanálisis.

El modelamiento conductual, heredero de la ciencia normal, coloca al terapeuta en la posición de cualquier investigador científico: tal sujeto (agente) parte de una idea preconcebida de la salud mental a la cual deben ser adaptados los pacientes. Lograrlo implica, por ende, la aplicación de muy diversas técnicas —que van desde la sugestión hipnótica hasta la terapia racional emotiva— las cuales, poco a poco, generan que el paciente se asemeje al modelo de salud concebido por el terapeuta... y buena parte de la sociedad. En el modelamiento conductual el terapeuta es un agente ético, su objetivo es uniformar a los individuos, lograr que se ajusten a la norma social y sean “ciudadanos productivos y responsables”.

En el psicoanálisis, al contrario (y a consecuencia de que el analista al enfrentarse con su locura no pudo dejar de reconocer el valor de verdad que porta), la locura es reconocida como lo absolutamente contrario a la uniformidad y la generalización, como la fuente de la creatividad y la maldad, de lo más bello y de lo más horrible. La locura irrumpe, asombra y molesta. Rompe con la racionalidad de las mayorías y por ende escapa a la comprensión, en primer lugar, de quien la sufre. En el peor de los casos el sufriente ni siquiera se da cuenta de aquello que lo enloquece y su vida toda —e incluso su futuro y descendencia— puede quedar comprometida a causa de su enfermedad. La locura es transgeneracional por lo que curarla libera, en ocasiones, a todo un linaje.

Dicha locura, además, no sólo no es ajena al pretendido terapeuta, es más, el prototerapeuta es alguien “mordido” a tal grado por la locura que no tratarla en sí mismo puede dar lugar a verdaderos crímenes y malos tratos a sus pacientes. En el mejor de los casos el terapeuta que no se hizo curar antes a sí mismo no tardará en enfrentarse a un caso refractario y especular que lo obligará a abandonar la práctica psicoterapéutica, un caso de que le recuerde su propia, e inanalizada, locura.

El psicoanálisis, por tener como objeto a la locura —fuente, como indicamos, de lo más terrible y lo más bello de la humanidad—, requiere de una metodología que va mucho más allá de las meras descripciones apreciables en los manuales de psiquiatría. Dichos manuales —de los elaborados por Kraepelin y Kretschmer al DSM-5—, tal y como mostraron Braunstein y Pasternac (1974), son vagas e

inconsistentes generalizaciones que muy poco ayudan a la terapéutica de la locura. Solamente posibilitan el “comprender de más” o “demasiado pronto” del que sufren algunos terapeutas nóveles. En última instancia, los manuales de psiquiatría sólo cumplen la función de atenuar la valiosa angustia que debe acompañar el genuino interés por saber acerca de lo que aqueja a sus analizantes propio del psicoanalista.

Tal interés es una consecuencia del compromiso del psicoanalista con el psicoanálisis y forma parte de su análisis. No por otra razón, Françoise Davoine (2010) afirma: “cada vez que se cura uno de mis analizantes yo también lo hago un poco”. Fueron Freud y su discípulo Sándor Ferenczi quienes primero se percataron del carácter insoslayable del análisis del analista. Años después, Jacques Lacan, siguiendo el Evangelio según San Mateo (VII, 6), espetaba a su auditorio: *Ne jettez pas vos perles aux porcs* (no arrojen sus perlas a los cerdos) para conminarlos a realizar en sí mismos la experiencia del análisis.

En resumen, al descubrir el enigma de los sueños y demás formaciones del inconsciente, Freud descubrió un universo nuevo, uno que lo obligará no sólo a crear una manera nueva de abordar la locura, sino que modificará la manera como el hombre se comprende a sí mismo.

Por primera vez en toda la historia humana, el hombre es capaz de dejar atrás sus narcisísticos sueños de dominio y grandeza. A partir del descubrimiento freudiano el ser humano sabe que el anhelo de omnicomprensión del mundo y de sí no es sino un deseo inalcanzable pues él mismo está habitado por una instancia que lo domina y que sólo por indicios reconoce. El inconsciente es una realidad que espeta al rostro de todos y cada uno su finitud e incapacidad para entenderse a cabalidad.

Asumir tal verdad, conduce a la emergencia de un hombre diferente, uno que está más allá de creencias, ideologías y sueños de grandeza, uno que es capaz de escuchar de frente a la locura pues la conoce de primera mano por haberla estudiado a fondo en sí mismo. Ese estudio lo ha conducido a ser capaz de “vivir con la angustia”, sabiéndose no sólo un integrante más del universo sino capaz de reconocer el enorme valor que tiene el otro, sea de su propia especie, sea de otra.

El análisis obliga a la humildad y al respeto de un orden del universo que nos supera ampliamente y, por ende, la actitud humana pasa a dejar atrás el antropocentrismo. La naturaleza recupera, entonces, una potencia que nunca perdió y el ser humano vuelve a ser aquella pequeña y desvalida especie que no puede sino ajustarse lo mejor posible a los designios naturales para intentar vivir de la mejor manera en un mundo complejo y reconociendo a la naturaleza como su máxima maestra.

Asumir la existencia del inconsciente permite vivir en el mundo con corresponsabilidad, aceptando los límites de una libertad acotada. La culpa se reconoce como el fruto del narcisismo, de pretenderse dueño de una potencia que, en realidad, no se posee.

El psicoanálisis permite, a quien se ha adentrado en sus dominios, acompañar a aquellos que, enloquecidos y agobiados por sus propios fantasmas, encuentran su vida sin sentido y son capaces de desperdiciar su vida. El psicoanálisis conmina, como al viajero ante la puerta de Kafka (*Vor dem Gesetz*, en *El proceso*, 1915), a no “pasar por la vida” sino a verdaderamente vivirla y a reclamar su lugar en el mundo.

*

* *

En este número, el primero de la revista *Psicología, Educación & Sociedad* de la Facultad de Psicología y Educación de la Universidad Autónoma de Querétaro, se presentan una serie de ensayos orientados por la enseñanza de Freud y Lacan. En primer lugar, el estudio de Françoise Davoine: *Investigadora y terapón*. En torno a la transmisión de los traumas de guerra, un ensayo donde la psicoanalista narra su trayectoria desde la sociología y las letras clásicas hasta el psicoanálisis, así como su propuesta para el tratamiento de la locura: el psicoanálisis al revés (*psychanalyse a l'envers*). Acto seguido, Rodrigo Toscano nos ofrece su estudio *Peripicias de la práctica analítica* donde realiza un recorrido de los principales hitos de la historia del psicoanálisis hasta nuestros días. Jesús Martínez Malo, por su parte, refiere en su ensayo *Breves notas sobre el dispositivo analítico en tiempos de pandemia*, una serie de elementos centrales que permiten orientar la práctica analítica. Acto seguido, Verónica Peinado presenta el ensayo *Del dominio de sí al descubrimiento del inconsciente. Una discrepancia entre la filosofía moral y el psicoanálisis* donde revisa cuidadosa y críticamente la vinculación entre la búsqueda del dominio de sí realizado en la antigüedad clásica y la práctica psicoanalítica, para demostrar que corresponden a modelos éticos completamente diferentes. Alfredo Emilio Huerta Arellano, en su ensayo *La desorientación y el hundimiento del mundo* presenta con detalle un fenómeno que ocurre en la práctica clínica: la angustiada sensación de enfrentarse a una catástrofe, al "hundimiento del mundo". El ensayo *Descenso y retorno al Más allá. Lo que cuenta una serpiente* de Alejandra Cantoral, por otro lado, revisa —desde una mirada psicoanalítica—, lo que se presenta en las mitologías griega y mexicana sobre la topología de la muerte. Finalmente, Salvador Rocha, en su ensayo *Hacia una genealogía del psicoanálisis (en México)* realiza una mirada orientada por la arqueología del saber foucaultiana de la historia del psicoanálisis en México. Estoy seguro, estimado lector, que encontrará fructífera la lectura.

Luis Tamayo Pérez
Editor invitado

Santiago de Querétaro, 26 de abril de 2022

tamayo58@gmail.com

ORCID: 0000-0002-2755-7015

Referencias:

- Braunstein, N., Pasternac, M., Benedito, G., Saal, F. (1974). *Psicología: Ideología y Ciencia*. Siglo XXI.
- Davoine, F. (1992). *La Folie Wittgenstein*. EPEL.
- Davoine, F. & Gaudillière, J-M (2011). *Historia y trauma*. FCE.
- Freud, S., Jung, C-G. (1978). *Correspondencia*. Taurus.
- Lacan, J. (1971). *Séminaire Le savoir du psychanalyste*. Inédito.